

"El Corresponsal de París"

(Hoja autógrafa original para el servicio de la prensa hispano-americana)

Recepción y Admisión: 17 rue de Hambourg
París.

Año III. - Núm. 103.
París ~~del~~ ~~del~~ ~~del~~ de 1890.
1.º de Mayo

Sumario. - Ojeada a la situación: La última carta del boulangismo. La jornada del 1.º de Mayo en París. - Extranjero: Prusmuck en campaña. Los socialistas en Austria y Alemania. El explorador Stanley en Londres. - Miscelánea: El "salón" de 1890 en el palacio de la Industria. La Academia y la elección de mañana. Ecos de España.

Digan lo que quieran los que todavía creen en la resurrección de los muertos, la verdad es que el boulangismo, que había recibido mortal golpe cuando las últimas elecciones generales para la renovación de la Cámara, ha venido a quedar completamente rematado después del escrutinio del último domingo con motivo de las elecciones para la renovación del Ayuntamiento de esta capital. Concedámos por un momento que le queden aún algunos días de respiro, hasta sabere definitivamente el ^{éxito} ~~resultado~~ de esta elección, en razón al gran número de ballotages que han resultado y que hasta el domingo próximo no serán resueltos irapelablemente en última instancia....: esto, en suma, no significaría sino que la agonía del llamado partido - o "partida" - nacional se ha hecho más lenta y dolorosa; pero no desmentiría en nada el hecho fatal e inevitable de que estamos asistiendo a la postrera etapa de la aventura boulangista.

Véase, sino. Los amigos del Desterrado de Jersey dijeron y anunciaron a voz en grito que si no sacaban triunfantes de las urnas un número mayor de veinte y cinco de sus candidatos - sobre ochenta individuos, de que se compone el Consejo municipal - se considerarían irremisiblemente perdidos. El resultado de la elección ha sido en este concepto para los boulangistas el más terrible, el más irremediable, el más vergonzoso de los desastres. Sacar triunfante un solo candidato después de lanzada a la faz del pueblo de París, tan impresionable y tornadizo, la anterior bravata,

es en realidad, más que una vergüenza, una ignominia para los que tan á la ventura se atrevieron á formularla sin contar de antemano con la lúmpeda. Los boulangistas, para consolarse de tan terrible descalabro, se hacen bocas todavía anunciando que en los ballotages del domingo van á tomar el desquite. Pobres mentecatos! No saben, ó fingen no saber, que el pueblo de París ha resuelto aniquilarlos por completo y que serán vanas todas las tentativas que hagan para reconquistarlo. Porque los parisienses son así: mientras creyeron que el general Boulanger representaba efectivamente algo; mientras vieron en él al hombre designado por el Destino para ponerse al frente de la nación con objeto de tomar la tan ansiada como peligrosa re-
vancha en la que sueñan noche y día los franceses de todas categorías y de todos los partidos; mientras se imaginaron que el valor, la pericia y el talento eran patrimonio exclusivo de ese general aventurero, el co-ministro de la guerra fue para gran número de franceses, y desde luego para la mayoría de los parisienses, una especie de fetiche consagrado, cuyas decisiones no había más remedio que acatar so pena de provocar y atraerse todas las cóleras del cielo. Una vez desgarrada la venda, y visto de cerca el idolo, la ilusión y el prodigio han ido desapareciendo. Se trataba sencillamente de un efecto de obsesión óptica ó, si se quiere mejor, de espejismo, y, naturalmente, roto el encanto de la obsesión, la imagen ficticia se ha desaparecido por completo.

Todavía recordamos el asombro y la decepción á la vez, que experimentaron los parisienses, cuando tuvo lugar el célebre duelo entre el general Boulanger y Mr. Floquet, á la sazón presidente del Consejo de ministros. Los muchos y fanáticos partidarios que tenía entonces en París el hoy desterrado de Jersey no podían comprender como él, general, es decir, hombre de Armas, se había dejado batir en toda regla por un hombre civil y, aún mais, por un hombre como Floquet, que era ya casi un anciano, mientras que Boulanger estaba, por el contrario, en lo más viril de su edad y en la plenitud de sus fuerzas. Aquel día empezó el desencanto para muchos parisienses. Pero el desencanto mayor, aquel que debía producir, á la corta ó á la larga, el desprestigio del general, primero, y luego el desmembramiento, por no decir la desbandada completa, del partido, lo sintieron los parisienses - ellos que con

tan imponente mayoría habían elevado al general a la cúspide de su gloria en aquella célebre elección del 27 de Enero que tanta resonancia tuvo en toda Europa - el día en que los periódicos les anunciaron que el hombre predestinado para salvar a Francia, aquel que les había ofrecido tantas veces estar pronto a toda clase de sacrificios personales para llevar a bien la empresa que había acometido, se había fugado cobardemente como un cualquiera, por miedo a los agentes del gobierno que lo querían asesinar - decía -, pero en realidad para no verse obligado a comparecer ante el Tribunal Supremo y responder allí, en presencia de la nación, contra los gravísimos cargos que se le dirigían.

Todo recordamos lo que ha sucedido después. Ha sido en realidad lo que los políticos de acá llaman gráficamente la debacle, el deshielo, es decir, la desbandada, la dislocación completa, el salvese quien pueda del ayer poderoso partido. Derrota en la elección de consejeros generales; Derrota en la elección general para diputados; Derrota, en fin, - y esta vez, por ser la tercera, va la vencida - en las elecciones municipales de París, último baluarte que al boulangismo le quedaba, y contra cuyo veredicto será inútil que traten los boulangistas de alzarse en apelación, por la sencilla razón de que ellos mismos se han cerrado la puerta. Dijo el general Boulanger, y han repetido hasta la saciedad los suyos, que "quien tiene a París tiene a Francia entera". Han visto ya cómo París acaba de volverle la espalda desdenosamente. Después de este reconocimiento tácito de su impotencia, no cabe sino someterse y declarar levemente que no están los tiempos para cierta clase de aventuras.

Todavía hay, sin embargo, quien sueña aquí en París - lo cual parece mentira - que el general Boulanger es muy capaz de hacer una de las suyas para rehabilitarse y volver a su agonizante partido la perdida pujanza. Hoy se decía, por ejemplo, - recuérdese que estamos en la víspera de la fecha, por muchos temida, de la manifestación socialista preparada por los obreros organizados de todas las naciones - que el general Boulanger, aconsejado por los más allegados de sus amigos, como Laguerre, Deroulide, etc., se presentará mañana en París para ponerse al frente de las masas y aceptar todas las consecuen-

cia, de una revolución, en el caso de que ésta llegase a producirse con motivo de la anunciada manifestación socialista. Confesamos que sería éste un golpe maestro; pero conocemos demasiado el temperamento y el carácter del general para creerle capaz de un tal sacrificio. Si, contra nuestra particular opinión, Mr. Boulanger se resuelve a venir mañana a París para dar un golpe de mano aprovechándose de la agitación socialista a que indudablemente dará lugar la manifestación, parecemos que el ex-ministro de la guerra va a recibir la postrera y la más terrible de sus lecciones. Si no equivocamos e' no, pronto han de saberlo nuestros lectores.

Dejando ya de lado al general Boulanger, digamos algo al correr de la pluma acerca de la manifestación de mañana, único asunto de verdadera importancia que ocupa y preocupa actualmente a la población parisiense y al mismo gobierno. ¿Habrá motín? ¿Habrá revolución? Ésta es la fatídica pregunta que todo el mundo se dirige. Que son muchos en París, dentro del partido socialista, que quisieran ver convertida en revolución la proyectada manifestación de mañana, esto es indudable. Abundan aquí mucho los anarquistas, y éstos sabido es que no predicán ni hacen las cosas a medias. Sus procedimientos se reducen a uno solo: cortar por lo sano. Por lo que se refiere a sus propósitos con respecto al acto de mañana, todos los periódicos están contestes en que no tienen nada de pacíficos. Los impresos socialistas, publicados estos últimos días; las proclamas que han intentado enviar a los cuarteles excitando a la tropa para que vuelva sus fusiles contra los jefes en el caso de que recibieran orden de repeler con la fuerza a los manifestantes; los documentos hallados en casa del socialista marqués (?) de Moris de Vallombrosa y de otros conocidos anarquistas que anoche y anteanoche fueron reducidos a prisión, todo induce a creer que, en efecto, los iniciadores de la manifestación de mañana se proponían, o se proponen, convertir aquella en motín o en revolución, en la esperanza loca de repetir las violentas escenas de la Commune, de tristísimo recuerdo.

Como quiera que sea, las medidas rigurosísimas tomadas por el gobierno hacen creer que el acto, sea el que fuere, que se propongan llevar a cabo los socialistas por el camino de la violencia, será severa y prontamente reprimido. Toda la guarnición de París y de los pueblos comar-

canos está preparada para lanzarse a la calle a la primera señal. El aparato de fuerza es tal, que intimidada hasta a los mismos que ni remotamente sueñan en tomar parte en la manifestación ^{proyectada} de ~~parís~~ ^{parís}. A pesar de que el día se ha levantado hoy primaveral y hermoso, se respira un aire pesado como sucede en los días brumosos de otoño o en los días cargados de electricidad de la estación estival. Diríase que hay algo siniestro en la atmósfera que respiramos. Nadie sabe hablar de otra cosa que de lo que puede suceder mañana. Con todo, nosotros abrigamos aún la convicción de que la energía del gobierno y el buen sentido de la gran mayoría de la población parisién serán bastantes a conjurar el peligro, y que nada grave ocurrirá, como no sea alguna que otra corrida de esas que son absolutamente inevitables cuando se trata de manifestaciones de la importancia y temerencias de la proyectada para mañana. Ojalá se cumplan en un todo nuestros presentimientos.

+ +

La extensión que hemos dado a nuestra crónica política de París, apenas nos deja algunas líneas para decir cuatro palabras acerca de lo más interesante que nos ha venido del extranjero estos últimos días. Resumiremos. Vuelve el ex-canciller alemán M. de Bismarck a ser tema de todas las conversaciones en los círculos políticos. Díjose días atrás que el rencoroso hombre de Estado no podía ni quería resignarse a su pasividad de ángel caído, y que pronto se le vería comparecer de nuevo y entrar de lleno en la política del imperio en actitud de ángel rebelde. Un periódico, que se dice ser su órgano, anunció la resolución del ex-canciller de presentarse ante la Cámara de señores con la intención, decía, de defenderse contra los ataques calumniosos de que ha sido objeto desde que presentó su dimisión... En realidad lo que quiso decir con ello es que M. de Bismarck, que no puede vivir sin acometer, como los perros dogos, tenía ganas de enseñar los dientes al nuevo canciller y vengarse indirectamente de los desaires del emperador, que tan mal le pagado su abnegación y sus servicios. Ahora resulta que todo se ha calmado. Parece que ha mediado en el asunto el gran duque de Baden, amigo particular muy íntimo del príncipe de Bismarck, y la cosa, por lo visto, no pasará a mayores. La tempestad se ha conjurado por el mo-

mento; pero, dados el carácter y temperamento del ex-canciller, no creemos gran cosa en estos arrepentimientos de última hora. Bismarck está destinado a dar qué hablar mucho todavía; o sino, al tiempo.

Por lo demás - dejando aparte lo que dicen los periódicos ingleses relatando las fastuosísimas recepciones hechas al explorador Stanley en su viaje triunfal por la gran Bretaña - en los distintos puntos del viejo Continente, particularmente en Austria y en Alemania, no se habla de otra cosa que del alcance que podrá tener la manifestación socialista de mañana. Todo el mundo tiene fija la mirada en París, en lo cual creemos que muchos se equivocan, si quieren dar a entender con ello que solo en París existe verdadero peligro de que la manifestación revista un carácter revolucionario. En Alemania, y en Austria muy especialmente, los preparativos para la jornada socialista de mañana son formidables por parte de los iniciadores. Ya hemos visto días atrás cómo entendían su manera de manifestar los socialistas austriacos: entregándose al robo, al pillaje y a la destrucción. ¡Bonita manera de reclamar pacíficamente sus derechos! Con ser París, según la fama, la capital más revolucionaria del mundo, ya veremos cómo aquí se pasan las cosas más pacíficamente que en otra parte.

+ +

El anuncio de la jornada socialista de hoy, no impedirá, sin embargo, que tengan lugar en París dos sucesos de grandísima importancia, siquiera desde otro punto de vista muy distinto, pero no menos trascendental, el de las letras y las artes. En efecto, mañana se celebra en el palacio de la Industria de los Campos Eliseos la solemne apertura del "salón" de pinturas, esculturas y grabados correspondiente a este año. La exposición será quizá inferior que otros años, por causa de la división que existe entre los artistas, muchos de los cuales se han separado de la antigua asociación para ir a formar con Meissonnier y otros maestros una nueva Sociedad cuya exposición deberá celebrarse en el Campo de Marte; pero esto no obsta para que el "salón" esté brillantemente representado por magníficas telas que son el encanto de los inteligentes. - También está fijada para mañana la elección de un individuo de la Academia, en reemplazo del malogrado Emilio Augier, recientemente fallecido. Todo el interés de esta elección está en la candidatura de Mr. Zola. ¿Logrará entrar en la Docta Corporación el jefe de la escuela naturalista? Mucho lo dudamos.

+ +

Encuéntrese en esta capital desde hace unos días, el Sr. marqués de Santa Marta, D. Enrique Vera (director de "la República") y D. J. Mackay, director del "Motín".
 Arturo Vives del Villar